

# Teófanos quería ser Mártir





*Queridos niños, hoy traemos la historia de un gran santo, que dio su vida para que muchos conocieran y amaran a Dios y sobretodo **supieran cuanto Él los ama.***



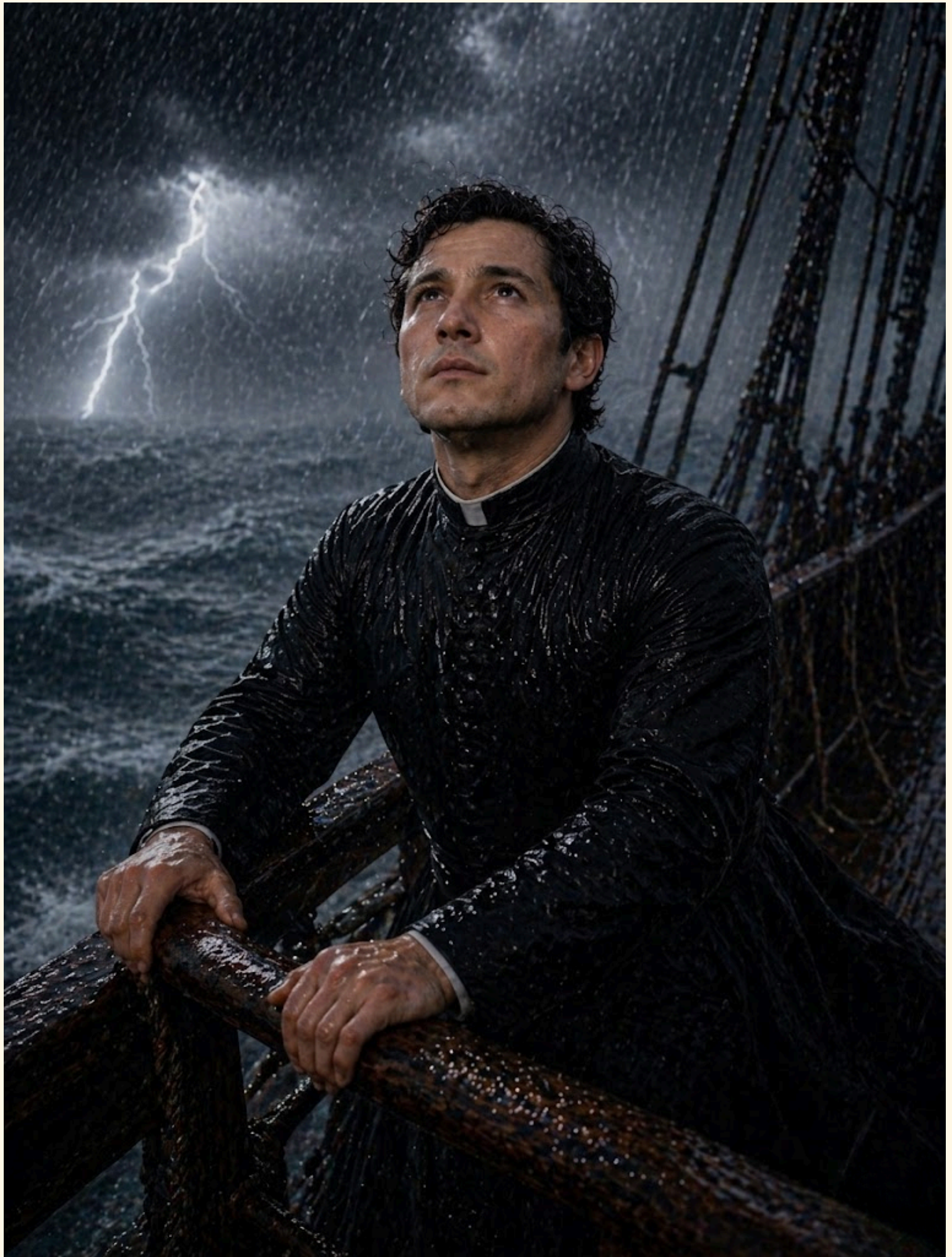
Había una vez un chico llamado Teófano que vivía en un pueblito de Francia por el año 1829. Desde muy chiquito, sus tesoros no eran juguetes, sino las historias de misioneros que leía mientras cuidaba ovejas en el campo. Un día, leyó sobre un joven que había dado su vida por Dios en Vietnam y, con el corazón latiendo fuertemente exclamó: «¡Yo también quiero ir allá! ¡Yo también quiero ser un santo».



A los doce años, Teófano tomó una decisión que cambiaría su vida para siempre: quería ser sacerdote y misionero. Pero seguir su sueño significaba algo muy difícil: separarse de su querida familia. Aunque ese día sus ojos estaban llenos de lágrimas por el adiós, su alma estaba decidida. Sabía que para seguir el llamado de Jesús, primero debía aprender a ser valiente y dejar atrás la comodidad de su hogar. En sus cartas más íntimas a su hermana Mélanie, le confesaba con mucha emoción: «Hasta ahora no he vivido, pero ahora voy a empezar a vivir... tengo prisa por ir a servir a mis hermanos».



El joven Teófano decidió ingresar al Seminario de las Misiones Extranjeras de París. Allí viajó, a un lugar especial que él llamaba "la fábrica de santos". Era el seminario donde los jóvenes se preparaban para misiones peligrosas. Allí, Teófano descubrió que la verdadera valentía no solo estaba en las espadas, sino en la alegría. Decidió que su "uniforme del alma" sería siempre la esperanza y una sonrisa amable, sin importar lo difícil que fuera ir a dar a conocer a Dios en esos lugares.



Para él la vida consistía en dar a conocer a Jesús. Estaba listo para la gran aventura que Dios le tenía preparada en el lejano Oriente.

El viaje a Vietnam fue largo y el océano era inmenso, pero Teófano lo vivió con una alegría desbordante.

Observaba las olas y el cielo estrellado pensando en las personas que conocería. No tenía miedo a las tormentas, ni a lo desconocido. Cada minuto que pasaba lo acercaba más a su propósito: ser un guerrero de paz en una tierra que necesitaba conocer a Jesús. Su risa contagiaba a los demás marineros, convirtiendo el barco en un lugar de Dios.



Al llegar a Vietnam, Teófano se convirtió en un verdadero amigo de la gente. Caminaba por selvas y aldeas, siempre con su rostro joven y sereno. A pesar de que los tiempos eran difíciles y los misioneros nunca eran bienvenidos por los gobernantes, él nunca perdió su calma. Se escondía en chozas humildes y enseñaba a los niños y a las familias cuanto los amaba Dios y como había enviado a su Hijo Jesús para que pudiéramos ir al Cielo.



Pero llegó un momento de gran prueba. Teófano fue capturado y encerrado en una jaula de madera muy pequeña.

Allí pasó dos meses enteros.

Cualquiera se habría sentido triste o enojado, pero Teófano era diferente. Desde su jaula, en lugar de quejarse, cantaba himnos de alegría que asombraban a sus guardianes. Su cuerpo estaba prisionero, pero su espíritu era más libre que nunca, volando por encima de los barrotes de bambú.



El 2 de febrero de 1861, a los 31 años, Teófano fue llevado hacia su ejecución. Mientras caminaba, su voz se elevaba en un canto dulce y valiente. Al ver a sus verdugos, no sintió odio. Al contrario, los miró con compasión y les otorgó su perdón de corazón. Los soldados nunca habían visto a alguien enfrentar la muerte con tanta paz. Teófano no moría como un derrotado, sino como un vencedor que había entregado su vida a Dios por amor a las almas.



La entrega de nuestra vida a Jesús es el regalo más grande que podemos darle.

Identificarnos con la que Él hizo de su vida en la Cruz, es la mayor gracia que podemos recibir.

Pedimos a la Santísima Virgen nos ayude a amar a los mártires.

